



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educación, Música, Teatros y Modas.

SUMARIO. Instrucción: por don A. Pirala.—Luisa (poesía) por don Santos Julio Nombela.—Contra Soberbia Humildad (continuación), por doña Robustiana Armiño de Cuesta.—Variedades: Vocabulario del Amor, páginas de un libro de memorias, por la Hija de las Flores.—Modas.—Teatros.—Explicación del Figurín.

LOS JUEGOS DE LA NIÑEZ.

ALGUNAS PALABRAS SOBRE SU UTILIDAD.

Todos reconocen la necesidad de la educación é instrucción de la niñez; millares de voces la pregonan; y sin embargo, apenas se encuentra un libro que sirva de práctica para las doctrinas de tanto pedagógico.

Sin libros es imposible la instrucción: se ensalza ésta, y no se hallan aquellos: los pocos nuevos que hay, están basados en antiguos sistemas: son, por lo tanto, inoportunos muchos, inútiles algunos, y perjudiciales no pocos.

La sociedad humana, en ese continuo movimiento que Dios ha impreso á sus obras, experimenta esa variación que pone hoy en desuso lo que ayer fué moda, y el que no pretenda quedar rezagado en esa marcha progresiva de la humanidad, tiene que seguirla.

Pero no es posible hacerlo sin estudiarla. La sociedad, que ha sido siempre para el observador un libro magnífico, debe ser hoy el objeto de sus más grandes investigaciones, para poderla comprender y seguirla cuando deba, ó encaminarla cuando estravíe su rumbo.

Son los años para la vida de las sociedades, lo que los días para la de los individuos,

y las reformas que no admiten los pueblos adultos, se imponen á los pueblos nuevos. Así debemos enseñar al niño lo que no podamos hacer aprender el hombre.

Pero no podemos ni debemos emplear los mismos medios: no se trata de modificar ideas sino de crearlas: no de corregir vicios, sino de evitarlos; y teniendo que hablar á la tierna inteligencia de los niños, se necesita usar su lenguaje, valernos de sus costumbres, y hasta de sus juegos.

De ninguna manera se cumple el principal objeto de la instrucción, que haciéndola distraída, agradable, divertida. ¿Qué niño resistirá la lección que se le dé en un juego?

Pero aun así, tiene sus límites la instrucción: no todos los juegos han de ser lecciones: algunos solo tienen por objeto distraer el ánimo ó ejercitar el cuerpo. Mas de cualquier modo que sean, presentándolos á esa juventud bulliciosa, inquieta, y que aprendan por el estudio lo que han de practicar para recreo, me parece es dar un gran paso para el fin propuesto, y cuanto tienda á tal enseñanza y diversión, no puede menos de ser útil y aun necesario.

Creo mas, y es, que se llena un vacío que se nota en la pequeña biblioteca de una madre de familia, en la de un jóven, y en la de una señorita que aun no viste de largo.

En otras naciones abundan prodigiosamente los libros de esta clase, de que se carece en España; pero ni la niña cuando juega comprende extraños idiomas, ni todos los juegos son adaptables á nuestras costumbres. Por patriotismo y conveniencia, deben estar en español estos libros.

No pretendo por esto ser original: sería difícil despues de lo bueno que hay publicado en el extranjero sobre este asunto, y no podrían competir mis pobres artículos con aquellas ricas producciones. Debo seguir sus huellas, y ya que no les traduzca servilmente, imitarles.

Así, pues, no ofrezco originalidad, aunque para algunos lo parezca: sino unos pocos artículos nuevos en la forma y en el objeto: unos escritos de que se carecía, y publicándolos creo hacer un servicio á la educacion, á la instruccion y á mi pais. Todo lo que contribuya á aumentar los conocimientos, acrece el bienestar individual y el bien público, porque la persona que por su ilustracion es el ornato de su familia, lo es tambien de la sociedad, en la que reflejan los vicios y las virtudes del hogar doméstico.

De aquí la importancia de que los gobiernos velen por la instruccion pública, la protejan, la alienten, porque haciendo buenos jóvenes, tendrán perfectos ciudadanos.

La juventud es el recreo de la familia y la esperanza de la patria, y el bien que por aquella se haga es beneficio para ambas.

A. Pirala.

LITERATURA.

LUISA.

Hermosa como la imagen
De la célica esperanza,
Pura como de una vírgen
La fervorosa plegaria,

Inocente como el beso
De las ondas y las auras,
Amorosa como el canto
Del ruiseñor en las ramas,

Sus mejillas son de nieve
Que el fuego del sol esmalta,
Blanca paloma que agita
En el espacio sus alas,

Sus ojos, que son del cielo,
Amor inspiran al alma,
Como el rayo melancólico
De la luna sobre el agua,

Sus lábios las bellas tintas
De los claveles retratan,
El resplandor de una estrella
Brilla en su frente nevada,

Y su cabellera rubia
Cual la del ángel del alba,
Cayendo en rizados bucles
Su hermoso rostro engalana.

Tal es, Luisa, que en mi pecho
De amor encendió la llama,
Al desprender de sus ojos
Melancólica mirada.

En todas partes la miro
Con los ojos de mi alma,
Y siempre amorosa, angélica,
Su voz me sorprende grata.

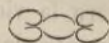
Para ella de los pensiles
Son las magníficas galas,
Y si la fuente murmura
Es que su virtud ensalza.

Sin ella vivir no puedo,
Que mi vida es adorarla,
Y para ser una sola
Nacieron nuestras dos almas;

Y aunque dicen que el amor
Ay! no es del mundo y nos mata,
¡Qué me importa, si en sus brazos
Muero amándola y me ama!

SANTOS JULIO NOMBELA.

Madrid 23 de Diciembre de 1855.



CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

II.

EL DIA DE SAN ANTONIO.

« A gentleman coat sall hide
Ty taper shape and comeliness of side
And with abolder stride and lower air
Mingled with men a man thou must appear.»

Trece meses habian trascurrido desde la fiesta de la Cruz de Mayo, y el Principado de Asturias, invadido por las tropas francesas del general Bonet, ofrecia por todas partes continuas escenas de terror, y repetidos ejemplos del valor mas denodado. Por todas partes resonaba incesantemente el grito de guerra, en sus amenos y deliciosos valles y hasta en los angostos desfiladeros de las montañas mas elevadas, el estampido del cañon habia reemplazado en toda la provincia á la alegre dulzaina; en medio de ese estruendo helicoso, y á pesar del general clamoreo que de todas partes se alzaba, gozabase en Argandenes una tranquilidad envidiable y desconocida en aquella agitada y borrascosa época. Era aquel tal vez el único rincon en toda la península cuya calma habian respetado todavía las inflamadas olas de la invasion francesa.

Todo estaba en Argandenes como lo hemos visto en el año anterior. Amábanse nuestras dos amigas Inés y Teresa con la misma ternura. Leíales el cura por las noches las jornadas divertidas ó el Quijote, y corrían los dias tan iguales y semejantes como lo es una gota á otra gota de agua. Poco á poco se fué observando que el jóven párroco hacia frecuentes viajes, trayendo siempre de vuelta de sus expediciones regalos y nuevos dijes, con que Teresa engalanase mas y mas su singular belleza.

El carácter del cura, naturalmente frívolo y expansivo, habia paulatinamente cambiado, haciéndose mas sério y reservado. A pesar de su vivacidad y de su habitual buen humor para con su hermana, á la que amaba con incomparable ternura, Teresa no habia podido menos de notar que su hermano estaba hacia algun tiempo preocupado con alguna idea fija, que sus viajes cada vez mas frecuentes, debían tener alguna relacion con la causa que habia ocasionado aquel cambio en su carácter, y

que en todo ello habia algun secreto misterio que en vano se esforzaba en penetrar.

Una tarde del hermoso mes de Junio, en que Teresa entregada á sus cabilaciones esperaba por momentos la vuelta de su hermano, que habia marchado cinco dias antes, sintió el trote ligero de un caballo que se acercaba, y que en nada se parecia al paso monotonó y acompasado de la mula que montaba el cura. Antes que Teresa hubiese tenido tiempo para ver quien era el recién llegado, entró éste en el portal de la casa, ató el caballo á una de las herraduras clavadas en la puerta de la cuadra, y subió familiarmente las escaleras llamando en alta voz.

—Señora ama! señora ama!

Levantóse Teresa precipitadamente de su asiento y corrió al encuentro del nuevo huésped, que llegaba en aquel momento á la puerta de la sala.

Era éste un clérigo jóven, de atrevidos ojos, arrogante y de marcial continente, que se avenia muy mal con su traje de eclesiástico, y en cuyas espresivas facciones no pudo reconocer Teresa á ninguno de los curas de las parroquias ó aldeas inmediatas.

—Señorita, dijo el clérigo adelantándose algunos pasos y saludando respetuosamente á Teresa: vengo á haceros una visita en nombre de vuestro hermano, que aun tiene que detenerse en la ciudad de Oviedo, donde se halla, algunos dias mas.

—Señor, dijo Teresa ruborizada al oírse dar un título que tanto halagaba su vanidad, seáis muy bien venido..... sentáos..... ¿pero no podeis decirme de cierto cuándo vendrá?

—Antes de contestaros decidme vos; respondió el recién llegado mirando á todas partes con inquietud, ¿estamos solos?

—Solos! repitió Teresa con sobresalto, ¡sí..... señor!

—¿No hay en la casa persona alguna que pueda oírnos?

—Pero, señor.... sí.... no.... los criados están en el campo.... pero no comprendo. Y Teresa se levantó como el que va á huir, pero de repente volvió á sentarse ocultando su agitacion con una dignidad que la hacia parecer mas hermosa.

—Tranquilizáos, le dijo el eclesiástico ruborizándose á su vez.... nada temais. Me era indispensable saber si estábamos solos para entregaros esta carta.

Y el cura sacó de debajo de su sotana una carta y la entregó á Teresa, disponiéndose en seguida á bajar otra vez la escalera.

—Ah! con que es una carta de mi hermano....
¿Pero adónde vais? aguardad siquiera á que la lea.

—No me voy, señora, respondió el huésped con la mayor serenidad: voy al portal á recoger mi maleta, porque vuestro hermano me ha exigido la palabra de pasar la noche en Argandenes... voy á mudarme de traje y volveré muy pronto.

Teresa quedó tan sorprendida con la imprevista franqueza del desconocido, que no encontrando respuesta que darle, y esperando hallar la explicación de aquel misterio en la carta de su hermano, la abrió precipitadamente, devorándola con una curiosidad mezclada de indefinible terror.

La carta decía así:

«Querida hermana:

«Esta misma noche emprendo un largo viaje, en el que es preciso que me acompañes.

«Esta carta te será entregada por un amigo de toda mi confianza, al que seguirás sin vacilar.

«Tu hermano que te espera»

Carlos.

Había ya concluido de leer, y aun permanecía Teresa con los ojos fijos en la carta, cuyo contenido misterioso la hacía vagar en un océano de dudas y de temores.

¿Era en realidad una orden de su hermano? La letra no ofrecía la menor duda; pero, adónde iban? ¿cómo nunca le había hablado de aquel repentino cuanto misterioso viaje? ¿y no sería una imprudencia dejarse guiar por aquel clérigo desconocido?

La pobre jóven, aturdida, se deshacía en cálculos á cual mas disparatados, y al fin empezó á sentir ese escalofrío indescriptible que acompaña al miedo.

Cuando pudo fijar su atención, y recordó que había acabado de leer, levantó los ojos y se halló frente á frente con el jóven y desconocido abate, que la contemplaba en silencio.

Cerca de él estaba colocada en una silla una abultada maleta.

Teresa quiso hablar, pero su voz quedó ahogada en la garganta.

—Imposible! imposible! murmuró al fin con acento sofocado.... imposible!

—Lo imposible, repitió el jóven sacerdote acercándose á Teresa, y volviendo á examinar con cuidado la habitación, es que perdamos un instante, porque el tiempo vuela, y á la madrugada de mañana debemos estar ya muy lejos.

La fisonomía de Teresa espresaba un susto y un terror creciente, porque la voz casi imperceptible

del abate, revelaba que existía en aquel inusitado viaje algun peligro inminente que se afanaba en evitar.

—Aquí teneis, señorita, añadió con dulzura, entregándole un grande paquete que sacó de su maleta, el traje que debéis poneros para emprender el viaje.

Teresa tomó maquinalmente el paquete, lo abrió con precipitación, y retrocedió de espanto al encontrarse con un traje completo de soldado español.

—Silencio! silencio! por Dios, murmuró el clérigo.... Si gritais somos perdidos.

Una idea extraña cruzó en aquel momento por la imaginación aturdida de Teresa. Por la primera vez empezaba á comprender algo de la extraña conducta de su hermano, con la que encontraba algun enlace en el acontecimiento que actualmente la preocupaba. Repasando en un instante muchas de sus espresiones, sus continuas expediciones, sus prolijas y apasionadas pinturas, los elogios, al parecer contradictorios, de personas que debían serle odiosas, y sobre todo las misteriosas palabras del mensajero, y el disfraz que debía llevar en aquella precipitada marcha; creyó haber adivinado la verdad, y su corazón empezó á latir con violencia, agitado por una multitud de sentimientos encontrados.

El clérigo la contemplaba con singular asombro. Sus palabras, por demas alarmantes, habían producido en la hermosa jóven un efecto contrario al que pudiera esperarse, y en su semblante empezaba á aparecer mas bien la curiosidad que el miedo.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

VARIEDADES.

VOCABULARIO DEL AMOR.

Páginas de un libro de memorias.

Ya os he hablado de mi tertulia. Recordad lo que hace un año os dije de ella. Es mi observatorio social. Mi escuela. Mi retiro en medio del bullicio. Ya la conocéis. Niñas discretas y sencillas, inocentes y suspicaces, sensibles y calculadoras. Hombres presuntuosos y modestos, indiferentes y

arrebatados, francos y murmuradores. De todo hay allí. Pues bien. Dos noches há al retirarme de ella, al recoger la red de mis observaciones saqué una cartera entre sus mallas.

Una cartera es el boceto de un cuadro.

El índice de un libro.

El itinerario de un viajero.

El libro de memorias de un observador.

Nada hay en ello claro, concluido, perfecto. Es un palacio sin cimiento, una torre sin cúpula, un mosaico extravagante. Juzgad por la copia que os presento, sacada de la que yo me encontré.

A.

Ah! Esclamacion hipócrita de las niñas para demostrar sorpresa en todo aquello que de puro sabido tienen olvidado.—En los hombres sintoma de *pasmo* amoroso.—Usase tambien como suspiro ó falso reclamo entre las *cazadoras*.

Ay! Queja romántica que hace en el corazon de los pollos el efecto que el fuego en la cera.—Negacion aspirada, ó aspiracion negativa.—Explosion del sentimiento condensado por el arte.

Amor, sust. masc.—Agua, fuego, tierra, aire.—Esta voz es tan genérica que se esplica por los cuatro elementos. (Véase *Conveniencia*.)

Amar. Verbo anticuado, que encierra en sus tiempos y terminaciones la historia de la mujer. (Véase el *Almanaque Omnibus*.)

Ausencia. Piedra de toque para conocer la calidad del amor.—Un cantar lo dice:

*El amor verdadero
es cual la sombra,
que cuanto mas se aleja
mas cuerpo toma.*

*Que amor es aire
que apaga el fuego chico
y enciende el grande.*

Adorno. Lazo de caza.—Malla de la red del amor.—Antifaz de algun defecto.—Suplemento de alguna falta.

Afeites. Sustantivo anticuado, que equivale á los adornos modernos.—La mentira y el arte han caminado en todos tiempos al lado del amor.

Aire. Alimento de los amantes.—Cuerpo sin olor, color ni sabor. (Véase la seguidilla citada en la *Ausencia*.)

Aparte. Confianza amorosa, tanto mas tímida, breve y misteriosa, cuanto mas verdadera.—Hoy los apartes amorosos son como los del actor, que los oye todo el mundo menos el interesado.

Amiga, sust. fem.—(Véase *Conspiradora*.)

Amigo. Amante de reserva.—En situacion de reemplazo.—Retirado.

Amistad. Antítesis femenina.—Desamor disfrazado.—Voz desusada hoy, y tan vacía de sentido en el dialecto amoroso como las dos anteriores.

Antítesis, sust. fem.—Voz compuesta.—Afirmacion amorosa.—*El sí de las niñas*.

Alegria, sust. fem.—(Véase *Matrimonio*.)

Alegre. Adjetivo que se aplica á los amantes faltos de reflexion.—Hoy se usa casi siempre en sentido figurado.

Adorar. Verbo impio ó cristiano, segun el culto y la deidad á que se aplica.

Adoracion. Culto.—Como todas las religiones lo tiene el amor, interno y esterno. El primero es siempre puro y verdadero. El segundo..... Dice el adagio que es malo fiar en las apariencias.

Arrepentimiento.—(Véase *Hipocrestia*.)

Armonia. Sintesis del dialecto amoroso.—Aplicanla los amantes á los oidos de las niñas como reclamo.—Hoy esta voz ha perdido su fuerza por el abuso que de ella se hace.—Obras son amores, dice el refran.

Aurora. Espectáculo que presencian los enamorados, porque segun el cantar

*Amores y dolores
quitan el sueño.*

Los poetas eróticos usan tambien esta voz, en sentido figurado, para pintar el rostro de las niñas.

Abanico. Telégrafo.

Astucia, sust. fem.—(Véase *Arte*.)

Admiracion. Signo ortográfico que se usa para dar fuerza á la frase.—La historia del amor es tambien una admiracion que se puede encerrar entre otras dos admiraciones.

Abrazo.—

*Mostrándole amor abraza
al olmo la verde yedra,
y es porque busca un apoyo
que la eleve y la sostenga.*

Estos versos estaban borrados, y por bajo de distinta letra se leían estos:

*Al rosal, que es todo espinas,
abrazo la enredadera,
él con dardos la recibe,
ella con flores le premia.*

(Se continuará.)

LA HIJA DE LAS FLORES.

MODAS.

La temporada de los bailes y los saraos se ha inaugurado brillantemente en los altos círculos de la aristocracia madrileña. Algunas de sus principales damas han abierto sus salones, en donde se reúne lo mas notable y escogido de la buena sociedad; otras preparan en los suyos bailes de trajes. Los teatros se convierten tambien en salones de baile, donde la bulliciosa careta disfrutará, á las mil maravillas, de las locuras del Carnaval. Creémos, por lo tanto, que no desagradará á nuestras lectoras les presentemos un cuadro de disfraces, para que los puedan elegir á su gusto (1).

Figuráos, pues, amables lectoras, un salon de descanso del Teatro de Oriente. A su izquierda aparece sentado un jóven con traje á la antigua de caballero napolitano. Su túnica amarilla, va guarnecida de una cinta de terciopelo, color de granate: una especie de ferrezuelo, sin mangas, deja lucir las de raso blanco, con afollados cogidos con cintas color de granate: su pantalon de seda, de color de violeta, es ajustado. Lleva brodequines de terciopelo granate, y gorra de lo mismo con pluma blanca.

Apoyado en el respaldo de su silla, hay otro jóven en pié, con traje de Enrique VIII. No os lo figureis, carísimas lectoras, gotoso y violento, como lo habeis visto poco há, debiendo la prolongacion de sus dias á los cuidados de la noble y bella Catalina Parr. No: este es por el contrario un gallardo jóven, que si acaso representa á aquel rey, de odiosa memoria, será cuando todavía príncipe de Gales, ofreció su mano á Catalina de Ara-

gon. Su vestido es de raso color de lila, con listas bordadas en seda del mismo color: su pantalon es correspondiente. Una gola rizada orna su cuello, y sobre su toca de terciopelo bordada de oro, se ostenta una corona. Pende de sus hombros una capa corta, al estilo de la época, de terciopelo negro con bordados de oro.

La actitud de estos dos jóvenes es la de pasar revista á las parejas que discurren por el salon.

Componen la primera una aldeana napolitana de ojos negros y fisonomia espresiva. Su corpiño de terciopelo carmesí, con adornos de raso color de junquillo, tiene una pieza de pecho compuesta de rizados del mismo raso: unas hombreras pequeñas de raso azul y junquillo, dan salida á una manga de muselina blanca lisa, que cierra en el puño. Su corta falda de merino azul deja ver su bien torneada pierna, con media de seda blanca, y su pequeño pié va encerrado en un zapato de raso azul. Largas y gruesas sargas de coral adornan su hermoso cuello, y otras iguales caen en colgantes envueltas en lazos de cinta azul, por los dos lados de su grande tocado de muselina blanca. Da el brazo á esta interesante niña un jóven, de cabellera empolvada, con traje á la francesa, de la época de 1798. Su frac, de color verde claro, con cuello á la sajona, es de talle corto, y faldones largos y estrechos. Su chaleco de fondo blanco, con listas encarnadas es bastante largo, y sus anchas vueltas abiertas, que cubren las solapas del frac, dan salida á una respetable pechera, á la que domina una corbata blanca con su lazo descomunal. Su calzon de punto, de color de avellana, corto y ajustado, lleva charreteras de cinta encarnada, cuyos lazos caen sobre la media de seda blanca. Un sombrero bajo de copa, y un baston completan este traje, que aunque de efecto, es el mas grotesco de la comparsa.

Otro jóven elegantemente vestido, con frac negro, pantalon negro y ajustado, chaleco de terciopelo tambien negro, con viso de seda color de rosa, y corbata blanca con lazo, da el brazo á una aldeana francesa, cuya saya y jubon de terciopelo granate, van guarnecidos de galon de oro; el jubon es muy escotado, de forma cuadrada: la manga corta y ajustada, da salida á su hueco de muselina que cubre hasta el codo: la camiseta tambien es de muselina, y plegada. Lleva un delantal de tafetan verde claro, de mucho vuelo, y atado á la cintura, con un lazo adelante. Un sombrero ne-

(1) Este grabado se vende en la Florida, calle de Carretas núm. 39: en la Estamperia de Pelegrini, calle del Caballero de Gracia, y Miller, calle del Desengaño, núm. 29.

gro de copa caprichosa y de ala redonda, con cin-
as anchas, completa este traje.

Adelántase en seguida una dama de majestuo-
so continente, con traje de Isabel de Inglaterra.
Su régio vestido de brocatel, color carmesí, un
poco escotado, y bajo de hombros, tiene las man-
gas abiertas por delante, luciendo así la blanca
de raso, con follados, que cierra en el puño. La
corona real brilla en su cabeza, entre infinitas
sartas de perlas: otras mayores adornan su pecho,
bajando hasta el talle del vestido, en cuya falda se
repiten también en mazorcas, sobre los lazos de
cinta blanca, que la adornan. El collar y pendien-
tes son de oro, correspondientes á la corona.

Recordando la historia galante de esta reina
volvemos los ojos involuntariamente creyendo ver
á su lado á alguno de sus favoritos los condes de
Leicester ó de Exex, pero nos llevamos chasco:
por un capricho de Carnaval, el que la acompaña
leva un traje militar del tiempo de Luis XV: su
casaca azul, con cuello doblado á la sajona, tiene
las vueltas blancas á lo mosquetero, con sardine-
tas doradas, como sus charreteras. Su chaleco
blanco es largo, y abierto para dar salida á la peche-
ra: su calzon azul es ajustado, y lustrosa su alta
bota de montar. Anchos vuelos de encaje caen
sobre sus manos, llevando en la izquierda un som-
brero tricornio con galon de oro y escarapela
blanca.

En el fondo del cuadro se ven mezclados tra-
jes de distintas épocas, desde el griego hasta el
jerezano: éste con su acompañamiento obligado de
calañés y manta.

AURORA PEREZ MIRON.

TEATROS.

La vida activa de los círculos de la sociedad
elegante privada, por la tenacidad del temporal
que corremos, de poder esplayarse en los paseos, y
otras distracciones, refluye toda entera en las fun-
ciones teatrales.

La venida de Ronconi contribuirá también á de-
volver al *Teatro Real* el brillo de sus buenos tiem-
pos. Despues del *Nabuco* se pondrá en escena *I due*
Foscari, *Linda y Rigoletto*, en las que tomará
parte este distinguido artista, alternando con la *Ita-*
liana en Argel, y otras ejecutadas por el resto de

la compañía. Parece que ésta se completará con
otra prima donna, que está ya contratada, y que
debe venir de París muy en breve.

La estrella feliz del *Circo* á quien también prin-
cipiaban á alcanzar las nubes de los malos tiempos
que corren, volvió á brillar en todo su esplendor
con las repetidas representaciones del *Sargento*
Federico. El beneficio del señor Sanz, en el que
han tomado parte, con merecidos aplausos, los se-
ñores Galvani, Mattioli y Calonge, y la repeticio-
de *Marina* y el *Vizconde* siguen atrayéndole una
numerosa concurrencia.

El del *Príncipe* es el teatro favorecido de la so-
ciedad de buen tono: la reunion en él de los prin-
cipales artistas, hace que sus representaciones na-
da dejen que desear. Lástima es que el arreglo
amistoso de autores y actores no haya producido
todavía el fruto que el público espera con impa-
ciencia. Sin duda, para llenar este vacío, sus inte-
ligentes directores se esmeran en presentar piezas
en que la acertada ejecucion compense la falta de
novedad.

Para celebrar el natalicio de Calderon, han
dispuesto una funcion compuesta de una de las me-
jores comedias de aquel célebre ingénio, precedida
de una loa, escrita á propósito de esta solemnidad
escénica, por el distinguido literato don Juan
Eugenio Hartzembusch, y de tres *entremeses* del
antiguo teatro.

La loa titulada *Derechos póstumos*, es digna del
autor de los *Amantes de Teruel*, y ha sido perfec-
tamente desempeñada por la señorita Tirado, y los
señores Arjona (D. J.) y Osorio (D. F.)

En la ejecucion de la *Dama Duende* la señora
Lamadrid ha caracterizado con su conocida inteli-
gencia á nuestras antiguas tapadas, muy bien se-
cundada por la señora Carrasco: el señor Romea
(D. J.) representa, con la perfeccion que acostum-
bra, el tipo de los galanes de capa y espada, y el
señor Guzman ha estado tan feliz como en sus me-
jores tiempos. La comedia terminó con las siguien-
tes quintillas, que la numerosa y escogida concur-
rencia acogió con aplausos, escritas por el señor
don Julian Romea, cuya amabilidad nos permite
ofrecerlas á nuestras lectoras.

SR. GUZMAN.

Venid ambos juntos á mí: { A la Sra. Lamadrid
pedid premio á sus afanes: { y al Sr. Romea,
os toca á vosotros, sí, { Señalando al retrato
pues representais aquí { de Calderon,
á sus damas y galanes.

Ea, hablad: yo conmovido
tambien mis manos prevengo; } Haciendo demos-
que á saludarle rendido } tracion de aplaudir
con vosotros he venido,
y yo *Con quien vengo, vengo.*

SRA. LAMADRID (*Señalando al retrato.*)

Una flor pido aumenteis
á su corona divina:
si á mano no la teneis
cogerla entre mil podeis
del *Jardín de Falerina.*

En sus huertos en monton
brotan de la gloria al rayo;
que para el gran CALDERON
todas las mañanas son
Mañanas de Abril y Mayo.

Y su ancho raudal de gloria
de un siglo en otro desprende
honrando la patria historia:
un aplauso á su memoria
os pide *La Dama Duende.*

SR. ROMEA (*D. Julian.*)

A que otro le deis aspira
mi fé: dejad libre el vuelo
al entusiasmo que inspira:
su noble sombra lo mira
y se sonrió en el cielo.

Y honor nuestro es aclamar
al que supo por su honra
La Vida es sueño crear,
y *El Festin de Baltasar*,
y *El Pintor de su deshonra.*

El de la *Princesa* (antes de la Cruz) se esmera
en merecer el favor del público, presentando al-
gunas nuevas producciones. El drama en prosa,
original del señor Escrich, titulado *Juan el Tulli-*
do, tiene escenas de bastante interés y pinta con
fidelidad las caballerescas costumbres del tiempo
de don Juan de Austria. La ejecucion ha sido muy
regular por parte del señor Alverá y de la señora
Monterroso.

La empresa de este teatro, siguiendo su propó-
sito de establecer la ópera española, prepara la de
Blanca de Lara, á la que seguirán, segun dicen,
Alonso de Ojeda y las *Rosas Mágicas*. Tambien se
dispone en este coliseo el drama religioso, de gran-
de espectáculo, titulado *La Pasion y Muerte de*

Jesus, representado con todo el aparato que exige
su argumento, y decoraciones nuevas pintadas por
el señor Lucini.

Esplicacion del Figurin.

FIG. 1.^a *Traje de soaré.*—Vestido de pekin,
fondo de brocatel, verde claro, con listas blancas,
brochadas de flores á la Pompadour. El cuerpo es
escotado en forma de V, y muy bajo de hom-
bros. La manga se compone de una hombrera,
cortada en el fondo verde de la tela, guarnecida
de blonda blanca, y abierta en el lado, de mane-
ra que dé salida á un hueco de tul blanco. La fal-
da lleva tambien una abertura á cada lado, entre
dos rayas verdes, que va cubierta y sostenida por
traviesas de terciopelo negro en pliegues, interpo-
ladas con otras de blonda blanca que vienen cu-
biéndolas; otra blonda con las ondas hácia afuera
guarnece esta tira de alto abajo. Este traje lleva
un adorno de pecho, postizo (que puede servir
para diferentes toilettes), y se compone de dos ti-
ras anchas de terciopelo negro, que partiendo ca-
da una de un lazo en el hombro, vienen á reunir-
se en la cintura, formando otro lazo con largos
cabos que caen sobre la falda: este adorno va tam-
bien guarnecido de blonda. Un plegado de travie-
sas de terciopelo y blonda correspondientes á la
falda, componen la pieza de pecho á la que guar-
nece por los lados el adorno anterior.

Prendido de terciopelo negro con adornos de
perlas, plumas y flores.

FIG. 2.^a *Traje de señorita, para calle.*—Ves-
tido de grós, color de tórtola, con listas arrasadas
en los volantes. *Cuello* largo de paño de Damas,
con forro de seda, galoneado de cinta de seda, y
con un adorno de tres órdenes de cuadros borda-
dos en lana. *Capota* de raso blanco con adornos de
blonda blanca y negra, y de flores de terciopelo.

ADVERTENCIA.

Con este número se acompaña á las señoras
suscriptoras por todo el año de 1856 el graba-
do para bordar en cañamazo, que ofrecimos
en el prospecto.